Formando ciudadanos *optimo iure*

Lic. Sergio Cáceres Mercado¹

caceres.sergio@gmail.com

Para Lilian de Aragão Bastos do Valle “el primer y también el más constante sentido atribuido a la acción educativa –al menos desde que ella dejó de ser una práctica privada, ejercida de forma espontánea y dispersa en el cotidiano social– fue el de formar a los futuros ciudadanos”².

Aunque no lo diga, Do Valle está pensando en aquel acto fundacional llevado a cabo por los sofistas, maestros intelectuales de la Atenas del Siglo de Oro que permitieron el nacimiento de la educación pública. Desde Hegel, este grupo ha sido reivindicado como una elite que tuvo un papel preponderante en la formación de ciudadanos democráticos de la polis griega.

Claro que, el estudiante que golpeaba la puerta del maestro sofista era alguien preocupado por su formación política, ansioso por participar en el debate comunitario, es decir, de ser un ciudadano no solo de derecho sino de hecho. Hoy en día, pensando en niveles como el bachillerato o la universidad, el estudiante promedio tiene en mente otras cuestiones, de las cuales ninguna tiene que ver con responsabilidad ética.

Si el chico llega así al colegio o la universidad, con tal desinterés por la política, no es casualidad sino el fruto de nuestro fracaso como sociedad y como padres. Y si por aquellos milagros de la vida, justo en el plantel docente hay uno que incita al debate, a la crítica y promueve la participación, somos los mismos padres quienes automáticamente pedimos su censura pues lo vemos como un peligro por meter “cosas raras” en la cabeza de nuestros hijos.

Pues sí, se ve como una cosa rara y peligrosa en estos días el participar activamente en los asuntos de la polis, en hacer política en el sentido no de la politiquería asquerosa de nuestros gobernantes, sino de aquella que

---

1 ISE

2 Do Valle, 2001: 214. Traducción nuestra

le daban los antiguos griegos y que indicaba que los asuntos públicos no debían sernos ajenos pues nos afectan y, como tal, debemos estar atentos a su desarrollo.

Los centros educativos deben formar ciudadanos, pero no podrán hacer nada si la materia prima que reciben, los jóvenes, ya provienen de familias que les han enseñado a ser pasivos, ovejas dóciles listas a ser esquiladas y carneadas por lobos disfrazados de pastores (nuestros políticos). En palabras de Fernando Savater, “si no te metes en política, más tarde o más temprano, la política se meterá contigo”.

Vivimos tiempos en que la política se está metiendo con nosotros, pero de la peor forma posible pues se ha convertido en un monstruo que devora a sus progenitores, nosotros, pues si la política es lo que es ahora, lo es porque nosotros la hemos dejado convertirse en eso. Para revertir tal esperpento, no queda más remedio, paradójicamente, que hacer política, es decir, ejercer nuestra ciudadanía. Solo así podremos ver que la tarea educativa volverá a sus orígenes y empezará a formar ciudadanos.

Este ensayo no centrará en la labor que los padres deben asumir en la formación ciudadana de sus hijos, sino en lo que la educación formal puede hacer por ellos en ese sentido. Creemos que la educación institucionalizada puede y debe hacer mucho al respecto, y por esa razón iniciamos con las palabras de la filósofa brasileña Do Valle, idea a la que Fernando Savater parece suscribir, pues no solo en *El valor de educar*, sino en otros textos, se ocupa de la relación entre la educación y la formación ciudadana con un despliegue admirable. Luego de su “amiga la Ética”, su segunda preocupación filosófica fue siempre el campo de la política, con especial énfasis en la educación para la convivencia y la valoración democráticas; y que mejores ejemplos de tal vocación que sus célebres *Ética para Amador* y *Política para Amador*, así como su novísima *Ética de urgencia*, todas dedicadas al numeroso público adolescente.

En *El valor de educar*, el autor dedica un anexo al tema: “Ilustración y defensa de la educación cívica”; sin embargo, es en el capítulo final, “Educar es universalizar”, donde realmente encontramos la idea central de su propuesta. Savater culmina su libro proponiendo que la tarea educativa tiene como misión esencial enseñar lo que hay de humano en todos nosotros, es decir, las raíces que nos unen por encima de nuestros accidentes culturales. Esta búsqueda de lo común en todos nosotros no es para nada una apuesta

esencialista, sino más bien una aceptación de los rasgos comunes que nos acercan antes que alejarnos. Estos rasgos no pretenden ser impuestos sino apenas sugeridos por nuestro filósofo: “el uso del lenguaje y de los símbolos, la disposición racional, el recuerdo del pasado y la previsión del futuro, la conciencia de la muerte, el sentido del humor, etcétera, en una palabra, aquello que nos hace semejantes y que *nunca falta* donde hay hombres”.

Tales rasgos son lo bastante amplios para albergar todas las posibilidades imaginables en cualquiera de las manifestaciones culturales, es decir, lejos de su intención está algún atisbo de etnocentrismo. Sin embargo, en un aspecto no transige: “me parece que el ideal básico que la educación actual debe conservar y promocionar es la universalidad democrática”³. Esta apuesta por la democracia apunta más bien hacia lo que suele denominarse la cultura democrática, es decir, más allá de sus formulaciones formales a lo que se apunta es al aspecto isonómico, de igualdad en la diversidad.

En términos de la filósofa Chantal Mouffe, podríamos decir que Savater rescata más bien *lo político* de la democracia antes que *la política* democrática, a sabiendas que lo uno irremediablemente conjura a lo otro. Busca el ejercicio agónico antes que el antagonismo, busca al adversario para discutir y llegar a un acuerdo racional con él, y no al enemigo que implica destrucción y violencia; es decir, reconoce el irremediable desacuerdo que los humanos tenemos sobre los modos de accionar en esta vida y de solucionar nuestros problemas, y este reconocimiento ve en el agonismo democrático la mejor manera de encontrar una salida a tales contradicciones inherentes a la convivencia humana. “Ser demócrata es saber que uno necesita a los adversarios como parte imprescindible de su cordura comunitaria”, afirma.⁴

Esta cultura democrática es algo a lo que la educación no puede renunciar jamás, sino que es el norte al que debe apuntar siempre. Toda propuesta educativa que promueva otro tipo de convivencia humana, por ejemplo, el fascismo, el feudalismo o la monarquía, le parecen a Savater un retroceso ante el cual no debe cederse. La democracia, imperfecta como es, ha costado demasiado sudor y lágrimas a lo largo de la historia para que sus logros sean rendidos frente a, por ejemplo, un relativismo cultural que sugiere igual trato hacia otras manifestaciones humanas que son abiertamente antidemocráticas.

---

3 Savater, 2008: 141

4 Savater, 2008: 178

De esto modo, Savater pretende encontrar el denominador común a toda tarea educativa: “Me parece que el ideal básico que la educación actual debe conservar y promocionar es la universalidad democrática”.⁵ Más allá de toda pedagogía y de toda teoría del aprendizaje, más allá de cualquier política curricular, la educación debe promover la idea de que todos somos iguales según ciertos derechos inalienables. Este acercamiento a la universalidad de los derechos humanos no es nuevo en el filósofo vasco:

A fin de cuentas, lo que importa no es nuestra pertenencia a tal nación, tal cultura, tal contexto social o ideológico (porque todo eso, por muy influyente que sea en nuestra vida, no es más que un conjunto de *casualidades*), sino nuestra pertenencia a la especie humana, que compartimos necesariamente con los hombres de todas las naciones, culturas y estratos sociales. De ahí proviene la idea de unos *derechos humanos*, una serie de reglas universales para tratarnos los hombres unos a otros, cualquiera que sea nuestra posición histórica accidental.⁶

Inmediatamente podemos atisbar la consecuencia política que implica esta propuesta. Si la educación debe apuntar prioritariamente a la universalización de la cultura democrática, esto significa que se debe tratar a todos con los mismos derechos que acabamos de ver están proclamados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Toda posición que discrimina a los humanos entre sí partiendo de diferencias de origen o clase social es antieducativa por ser también antidemocrática. Savater no acepta que existan humanos de primera, segunda o más categorías diferenciados de eso modo por un *a priori* determinista. En todo caso, si tal fatalidad existe, es deber de toda crítica filosófica y educativa el mostrar que en realidad tal cosa es una construcción ideológica ideada para justificar las desigualdades sociales. “En este sentido, el esfuerzo educativo es siempre rebelión contra el destino, sublevación contra el *fatum*: la educación es la antifatalidad, no el acomodo programado a ella... para comerte mejor, según dijo el lobo pedagógicamente disfrazado de abuelita.”⁷ En otro texto enfatiza:

En lo tocante a las garantías y obligaciones de los ciudadanos, sin duda la pauta común la impone el marco constitucional democrático fundado en la declaración de derechos humanos, que no puede ser abolido o relativizado porque contraste con ciertas costumbres de grupos particulares dentro de la sociedad. Después de todo, la democracia moderna ha consistido en una revolución con-

---

5 Savater, 2008: 141

6 Savater, 1992: 118

7 Savater, 2008: 142

tra numerosos y poderosos absolutos ancestrales y toda revolución descarta aspectos del pasado para fundar la orientación del futuro. Sería absurdo que los países democráticos, tras haber superado revolucionariamente los absolutos antidemocráticos de su pasado, aceptasen ahora importarlos nuevamente en nombre de una tolerancia que sabotearía los presupuestos políticas y culturales en lo que se basan nuestras sociedades.⁸

En efecto, debemos “elegir la educación cívica” nos aconseja Savater. Esto es, nuestra educación debe tener por premisa formar ciudadanos, y para eso motivarlos a cultivar y universalizar la democracia, que es el régimen natural donde podrán ser tales. Ahora bien, ese ciudadano que debemos formar, ¿de qué tipo será? Al menos el que la democracia precisa es aquel que reclama sus derechos pero también es consciente de sus obligaciones para con la polis y sus conciudadanos. Aquel de juicio crítico y que no se deja manipular por la baja política ni por los dictados del mercado, el marketing o la publicidad difundida por los medios masivos de comunicación y las redes sociales. Aquel individuo que no se queda en la mera queja sino que acciona respetando y utilizando los dispositivos institucionales para buscar los cambios que cree que le urgen a su comunidad.

Las ciencias sociales toman a veces imágenes de las ciencias naturales para explicar mejor sus teorías sobre el comportamiento social. En ciencias políticas se suele decir, por ejemplo, que no hay umbral de democracia. El término “umbral” se usa en varias disciplinas, por ejemplo en la física cuando se quiere explicar el límite que debe sobrepasar todo objeto si quiere salir de la influencia gravitacional de un planeta, por ejemplo un cohete. Una vez alcanzado dicho umbral, la nave ya no necesita gastar tanta energía y desde ese momento aprovecha su impulso inercial sin peligro de caer atraída de vuelta.

Pues bien, la democracia no tiene un umbral del que pueda afirmarse que una vez alcanzado ya tiene asegurada el camino para adelante. Al contrario, siempre existe la posibilidad del retroceso, de ser atraída nuevamente hacia abajo no importa que tan lejos haya sido el viaje. ¿Por qué? Pues porque por su esencia la democracia debe dormir con su enemigo, o sea, los antidemócratas. Una sociedad que se precie de democrática no puede ser tal si expulsa a los que no están de acuerdo con ella, incluyendo a los que son autoritarios. Al contrario, la democracia debe poner a disposición

---

8 Savater, 2003: 158

de todos dispositivos a través de los cuales todas las expresiones puedan ser escuchadas y puedan canalizar sus proyectos e inquietudes. Esa es la diferencia fundamental con un régimen que no es democrático: en este todas las voces son una sola, no se permite el disenso.

De este modo, uno de los trabajos que debe emplear toda democracia es el de instruir en la ciudadanía. Y no debe darse respiro al respecto pues el retroceso siempre es inminente.

Hacia una educación singularizante

Los politólogos diferencian por un lado una democracia *governada* de una democracia *governante*. En la primera, “la participación popular tiene reservado un papel secundario y básicamente defensivo: de manera periódica, la ley convoca al pueblo para que decida cuál de las minorías potencialmente dirigentes debe gobernarlo; y, una vez cumplido este acto, lo disuelve como tal”. Así nos lo explica el argentino José Num, quien para la democracia gobernante dice lo siguiente: “busca maximizar la participación directa del pueblo en la formulación de políticas y en la toma de decisiones y no exclusivamente en la elección de quienes van a tener a su cargo estas tareas”.

Cae de maduro que el régimen donde tiene preponderancia el ciudadano modelo es la democracia gobernante. Lo que la educación debe perseguir es formar individuos con criticidad y responsabilidad social que puedan convivir en un régimen que exigirá de ellos participación plena y no simplemente el automatismo del voto. Pero, ¿cómo puede la educación construir tal ciudadano?

Para nuestro caso, el filósofo brasileño Silvio Gallo nos recuerda la diferenciación entre el proceso de subjetivación y singularización, realizada por su colega Felix Guattari, lo que aplica al ideal de educación formadora del ciudadano que estamos persiguiendo. “Por subjetivación entendemos los procesos capitalistas de producción de subjetividades en masa, individuos normalizados, jerarquizados, sometidos. Por singularización, entendemos los procesos de constitución de subjetividades autónomas, creativas”⁹, consigna.

---

9 Gallo, 2001: 144. Traducción nuestra

Vemos entonces que lo que buscamos son singulares, no sujetos. Aquellos son autónomos, estos sometidos. La educación formadora de ciudadanos debe romper con la subjetivación; la escuela o el colegio deben romper el molde robotizante que otras instituciones imponen.

Una educación volcada a la legitimización del *status quo*, hacia la *subjetivación*, esto es, para la constitución de individuos incapaces de pensar y decidir por sí mismos, más presos en las redes de una tela social que dicta lo que debe ser deseado, pensado, consumido, etc., lleva a la formación de autómatas sociales, de *ciudadanos pasivos* que no ejercitan esa condición humana básica cual es la de, tomando parte de una comunidad, ser el constructor de la propia comunidad. Por otro lado, una educación volcada a la *singularización*, para la constitución de individuos libres, esto es, creativos y autónomos, es a lo que puede contribuir para la construcción de *ciudadanos activos*, que de hecho tomen en sus manos los destinos de sus vidas y de su comunidad.¹⁰

Tarea titánica nada menos. Este proceso singularizador que se espera de la educación la debe efectuar contra poderes que aparentan ser invencibles y, entre los cuales, contábamos en primer lugar a los propios padres. En tiempos donde están fuertemente establecidos mecanismos de reproducción pasiva, de subjetivación, pedimos a la educación que nos ayude a no crear simples ovejas.

Esta educación cívica está muy relacionada con la filosofía, al decir de Savater, “tanto por su reflexión sobre la práctica social y los valores que la orientan como por su preparación para la comunicación argumentada”.¹¹ La filosofía es importante para marcar el norte en este sentido. Aquella acorde a esta tarea de educación política es “una filosofía que opere en sintonía con la singularización y necesariamente una filosofía inmanente, atenta al cotidiano y al particular”.¹²

Esta filosofía que pisa sobre un terreno movedizo, aquella de las luchas y realidades del día a día es la más apta para la formación ciudadana, no aquella que busca verdades eternas y por tanto se desconecta de las necesidades de los mortales. El ciudadano que buscamos es aquel consiente de sus limitaciones como humano, que sabe que debe construir día a día el porvenir. Un ciudadano optimo iure, listo para la enorme responsabilidad de vivir con felicidad al lado de otros que son iguales y no tan iguales a él.

---

10 Gallo, 2001: 143

11 Savater, 2008: 153

12 Gallo, 2001: 149. Traducción nuestra

Bibliografía

- DO VALLE, Lilian de Araújo Bastos. “Modelos de ciudadanía e discursos sobre educação”, en *Filosofía, Educação e Cidadania*, de Peixoto, Adao José (org.). Campinas: Alínea: 2001.
- GALLO, Silvio. “Filosofía, educação e cidadania”, en *Filosofía, Educação e Cidadania*, de Peixoto, Adao José (org.). Campinas: Alínea: 2001.
- SAVATER, Fernando. *El valor de Educar*. Barcelona: Ariel, 2008.
- SAVATER, Fernando. *El valor de Elegir*. Barcelona: Ariel, 2003.
- SAVATER, Fernando. *Ética de urgencia*. Barcelona: Ariel, 2012.
- SAVATER, Fernando. *Política para Amador*. Barcelona: Ariel, 1992.